

María y nuestra vida espiritual

JUAN ESQUERDA BIFET

Roma

PRESENTACIÓN: TEOLOGÍA MARIANA Y VIDA ESPIRITUAL

Cuando los cristianos usamos la expresión «vida espiritual» o también «espiritualidad», queremos indicar que «vivimos y caminamos según el Espíritu» (Gal 5,25; cfr. Rom 8,9). La expresión equivale a «vivir en Cristo» (Col 3,3; cfr. Gal 2,20). No se trata, pues, de un simple proceso de interiorización, sino de una dinámica de madurez integral que abarca todo el ser humano.

Si hablamos de «espiritualidad mariana» (RMa 48), queremos indicar la misma vida «espiritual» o «cristiana», pero a modo de «consagración a Cristo por manos de María, como medio eficaz para vivir fielmente el compromiso del bautismo» (ibídem). La fuente inspiradora de esta dimensión mariana de la espiritualidad serán las numerosas figuras que durante veinte siglos han querido «tener los sentimientos de Cristo Jesús» (Fil 2,5), viviendo «con María y como María» (RMi 92)¹.

La Iglesia «instruida por el Espíritu Santo», ha vivido siempre esta vida espiritual mariana, puesto que no sólo considera a María como «Tipo y ejemplar acabadísimo en la fe y en la caridad», sino

¹ El Papa Juan Pablo II, en la encíclica «Redemptoris Mater» (RMa), indica principalmente dos figuras: S. Luís María Grignon de Monfort y S. Alfonso María de Liguori (cfr. RMa 48, nota 143). Distinguimos la sigla RMa («Redemptoris Mater») de la sigla RMi («Redemptoris Missio»). Citamos «Marialis Cultus» con la sigla MC.

que «la venera como a madre amantísima, con afecto de piedad filial» (LG 53).

La piedad mariana entra necesariamente en el dinamismo de la santidad cristiana. Puesto que «Cristo es el modelo supremo al que el discípulo debe conformar la propia conducta hasta lograr sus mismos sentimientos (cfr. Fil 2,5)», María tiene como «misión» propia «reproducir en los hijos los rasgos espirituales del Hijo primogénito» (MC 57). Se trata de vivir el bautismo y el misterio pascual con las actitudes de María respecto a Cristo.

La teología mariana (mariología) ha estudiado ampliamente el culto y la devoción a María. Desde hace algunos años, el tema se ha ido profundizando en el sentido de intentar elaborar una verdadera síntesis de espiritualidad mariana. No es, pues, sólo la devoción y el culto, sino *la redimensión de la espiritualidad cristiana en su perspectiva mariana* o también *la función vivencial de todos los temas marianos*².

La espiritualidad mariana va más allá de las espiritualidades particulares. Efectivamente, éstas son facultativas o también propias de carismas fundacionales. En cambio, *la espiritualidad mariana es «eclesial»*, como consecuencia de la misma naturaleza de la Iglesia, puesto que la Iglesia se encuentra a sí misma en María: «en el misterio de la Iglesia, que con razón es llamada también madre y virgen, precedió la Santísima Virgen» (LG 63).

La Iglesia vive con María y como ella la unión con Cristo, puesto que, «meditando piadosamente sobre ella, entra más adentro en el soberano misterio de la Encarnación» (LG 65). Se trata, pues, de una espiritualidad que consiste en convivir con María, bajo el influjo del Espíritu Santo. La «presencia activa y materna» de María (cfr. RMa 1 y 24) se transforma en «influjo salvífico» (LG 60), como de quien es «nuestra Madre en el orden de la gracia» (LG 61)³.

² Ver especialmente algunos estudios que corresponden a asambleas o simposiums: AA.VV., *Fundamentos teológicos de la piedad mariana*, «Estudios Marianos» 48 (1983); AA.VV., *La spiritualità mariana della Chiesa alla luce dell'enciclica «Redemptoris Mater»*, Roma, Teresianum 1988; AA.VV., *La spiritualità mariana: legittimità, natura, articolazione*, Roma, Pont. Facoltà Teologica «Marianum» (Simposium 3-6 novembre 1992) 1994.

³ Cfr. S. DE FIORES, *María Madre di Gesù. Sintesi storico-salvifica*, Bologna, Dehoniane 1992, p.288ss,

La «devoción» mariana de los santos ha ido siempre más allá de una simple devoción. Ellos han querido vivir «en comunión de vida con María» (RMa 45, nota 130), recibéndola en la propia existencia para unirse más a Cristo (cfr. RMa 48). Este sería el sentido de «recibir de Jesús a María como Madre», según el modelo del discípulo amado⁴.

Es importante notar que la vida espiritual se ha presentado siempre en la línea bíblica de la Alianza, como desposorio con Cristo. Ahora bien, en este proceso esponsal se encuentra la invitación de María: «haced lo que él os diga» (Jn 2,5). Esta es la línea del «sí» a la nueva Alianza (Lc 1,38; Ex 24,7).

Por esto se quiere *vivir la presencia activa y materna de María en todo el proceso de la vida de contemplación, perfección, comunión y misión*. Es un proceso de abrirse, con María y como ella, a los planes salvíficos de Dios en Cristo y en el Espíritu. La espiritualidad mariana tiene dimensión bíblica y, por tanto, trinitaria, cristológica, pneumatológica, eclesiológica y antropológica.

La dimensión eclesiológica se expresará de diversas maneras: litúrgica, personal y comunitaria, popular, misionera, ecuménica, etc. En todas estas modalidades de la dimensión eclesiológica, María es la «memoria» de una Iglesia esposa, que se «asemeja cada día más al Esposo» (LG 65). Por esto, «María permanece en el corazón de la Iglesia» (RMa 27).

Con María y como ella, la Iglesia emprende el camino de:

- la *vocación*, respondiendo a la llamada: Lc 1,38.
- la *contemplación*, recibiendo la Palabra: Lc 2,19.51,
- el *seguimiento* evangélico, asociándose a Cristo: Jn 2,4-5; 19,25,
- la *comunión*, en la fraternidad eclesial: Act 1,14,
- La *misión*, como signo transparente y portador de Cristo: Apoc 12,1ss (cfr. Jn 19,25-27).

La espiritualidad mariana puede también elaborarse teológicamente como *función vivencial de los temas marianos*. Esta función

⁴ ORÍGENES, *Comm. in Ioan.*, 1,6: PG 14,31.

presupone tanto la función científico-sapiencial (teológico-dogmática), como la función kerigmática y pastoral. En el fondo, nos encontramos con el mismo problema de la teología espiritual («espiritualidad») en relación con la teología general. En nuestro caso, la espiritualidad mariana es una parte de la mariología.

Los contenidos de la espiritualidad mariana podrían girar en torno a *tres líneas armónicamente relacionadas*:

— la *actitud vivencial*, concreta en el «afecto filial» (LG 53), de conocerla, amarla, imitarla, celebrar sus fiestas y pedir su intercesión,

— la *intimidad o relación* de «comunidad de vida» (RMa 45, nota 130),

— la *aceptación afectiva* y efectiva de su «influjo salvífico» (LG 60)⁵.

1. DIMENSIÓN MARIANA DEL PROCESO DE LA VIDA ESPIRITUAL

El proceso de la vida espiritual discurre por un camino de fe, esperanza y caridad, como configuración con Cristo, hasta pensar, sentir y amar como él. Es, pues, un proceso de fe en su sentido más hondo: «el verdadero sentido de la fe cristiana... es un conocimiento de Cristo vivido personalmente» (VS 88). Es la fe de fidelidad a la Palabra y a la acción del Espíritu, según la propia vocación. María, en este camino de fe, es «maestra de vida espiritual» (MC 21), modelo, intercesora y madre.

A) *María y la vida espiritual como vida de fe y de fidelidad a la Palabra*

La espiritualidad mariana consiste en una «vida de fe» (RMa 48). No basta con aceptar la doctrina de la fe, sino que es necesario

⁵ En el presente estudio, nos limitamos a presentar los *fundamentos de la espiritualidad mariana*: la dimensión mariana de todo el proceso de la vida espiritual, la presencia de María en este proceso, la «comunidad de vida» con ella. Ver nuestro estudio más detallado en: *Espiritualidad mariana de la Iglesia, María en la vida espiritual cristiana*, Madrid, Soc. Educ. Atenas 1994.

hacerla vida propia. Si María es «Tipo y ejemplar acabadísimo en la fe y en la caridad» (LG 53), lo es por «haber creído» (Lc 1,45). Es «Tipo de la Iglesia en el orden de la fe» (LG 63), porque «avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz» (LG 58; cfr. CEC 148).

En esa «peregrinación de la fe» (RMa 2), María precedió y sigue precediendo a la Iglesia (cfr. RMa 5-6; LG 68). Su «itinerario de fe» (RMa 2,27) es camino de fidelidad a la Palabra de Dios, al Verbo encarnado, como actitud de escucha y de respuesta. Su meditación de la Palabra (cfr. Lc 2,19.51) es, en un primer momento, la aceptación generosa del «misterio». La Palabra se recibe tal como es, toda entera, sin condicionamientos. Por ser infinito el misterio de Dios, la fe es siempre oscura.

María vivió en la «noche de la fe», la «fatiga del corazón» (RMa 17). La alabanza de Isabel (Lc 1,45) encuentra su significado en la afirmación de Jesús: «bienaventurados los que sin ver creen» (Jn 20,29). El «no entender» (Lc 2,50) y el «admirar» (Lc 2,33) indican la actitud de aceptar el misterio, que es siempre más allá del pensar y del sentir humano⁶.

La fe de María equivale a «unión perfecta a Cristo en su despojamiento» (RMa 18). Por esto ella es «la primera discípula de su Hijo» (RMa 20). La fe es, pues, adhesión a la persona de Cristo, a su mensaje y a los planes salvíficos del Padre (por Cristo y en el Espíritu). La oscuridad es inherente a la fe, porque los planes de Dios son gratuitos, más allá de la lógica y de los cálculos humanos. Dios es siempre sorprendente, más allá de sus dones.

El proceso o camino de la fe es, pues, una actitud mariana. Para «vivir más profundamente el misterio de Cristo» (RMi 92), la Iglesia vive su fe «con María y como María» (ibídem). Meditando sobre ella, «entra más a fondo en el misterio de la encarnación» (LG 65). «La Iglesia admira y ensalza en ella el fruto más espléndido de la redención» (SC 103), porque ve cumplido en ella el misterio pascual (cfr. SC 104).

⁶ Juan Pablo II usa la expresión «noche de la fe», aplicándola a María en el sentido de San Juan de la Cruz, a modo de «velo a través del cual hay que acercarse al Invisible y vivir en intimidad con el misterio» (RMa 17). Cfr. *Subida al Monte Carmelo*, lib. II, cap. 3, 4-6.

El proceso de la ve necesita de la presencia activa y ejemplar de María, para ir descubriendo que los dones de Dios pasan, porque Dios se da a sí mismo más allá de sus dones. La Providencia divina se deja entender en la contingencia y limitación humana. Es el proceso doloroso que lleva a compartir la misma suerte de Cristo «junto a la cruz» (Jn 19,25). María experimentó en su propia «nada» (Lc 1,48) la acción misericordiosa de Dios, que no deja de ser misteriosa, desbordando nuestras previsiones, mientras, al mismo tiempo, comunica paz al corazón. El Catecismo de la Iglesia Católica afirma que «la Iglesia venera a María como la más pura realización de la fe» (CEC 149).

B) *María y la vida espiritual como fidelidad al Espíritu Santo*

La espiritualidad o vida espiritual es, por su misma naturaleza, «vida» y camino «según el Espíritu» (Gal 2,25). La espiritualidad mariana eclesial se concreta, pues, en una actitud de fidelidad a lo que el Espíritu Santo comunica a la Iglesia en relación con María. La dimensión pneumatológica de la vida espiritual es también dimensión misionera.

En cada época histórica, la Iglesia está atenta a la voz del Espíritu: «oiga la Iglesia qué le dice el Espíritu» (Apoc 2,7). Ello supone una actitud de discernimiento y de fidelidad generosa, puesto que se trata de acertar en las nuevas gracias a modo de actualización de Pentecostés. María está presente de modo activo en el «cenáculo» de cada comunidad eclesial, «implorando con sus oraciones el don del Espíritu, que en la Anunciación ya la había cubierto a ella con su sombra» (LG 59). María, como figura de la Iglesia, es «la mujer dócil a la voz del Espíritu», que «se dejó guiar en toda su existencia por su acción interior» (TMA 48).

La relación entre la Anunciación y Pentecostés resulta programática para cada época histórica. En efecto, «fue en Pentecostés cuando empezaron los Hechos de los Apóstoles, del mismo modo que Cristo fue concebido cuando el Espíritu Santo vino sobre la Virgen María» (AG 4).

Las nuevas gracias del Espíritu corresponden a nuevas necesidades de camino eclesial. A esas nuevas gracias debe seguir una actitud

de fidelidad al Espíritu, a imitación de María, puesto que la Iglesia «procede recorriendo de nuevo el itinerario realizado por la Virgen María» (RMi 92). Por esto, «como los Apóstoles después de la Ascensión de Cristo, la Iglesia debe reunirse en el Cenáculo «con María la Madre de Jesús» (Act 1,14), para implorar el Espíritu Santo y obtener fuerza y ardor para cumplir el mandato misionero. También nosotros, mucho más que los Apóstoles, tenemos necesidad de ser transformados y guiados por el Espíritu» (RMi 92)⁷.

La vida espiritual es un proceso de configuración con Cristo, bajo la acción del Espíritu. Los santos marianos expresaron esta realidad con palabras sencillas llenas de contenido pneumatológico y mariológico: «Por intercesión de María entra en el alma el Espíritu Santo, trayendo aquellos dones que deifican el alma. El alma perfecta se hace tal por medio de María»⁸. «Te pido, Virgen Santa, que yo reciba a Jesús de aquel mismo Espíritu Santo por el que tú has concebido a Jesús»⁹.

La acción evangelizadora de la Iglesia es también comparable a la maternidad de María. A imitación de ella y con su ayuda, «la Iglesia... se hace también madre por la palabra de Dios fielmente recibida: en efecto, por la predicación y el bautismo engendra para la vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios» (LG 64).

El mismo San Pablo se compara a una madre que tiene que «formar a Cristo» en los demás: «¡Hijos míos!, por quienes sufro de nuevos dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros» (Gal 4,19). Pero el trasfondo es el de «la mujer», María, quien, concibiendo a Cristo, colabora en nuestra «adopción de hijos» comunicada por el Espíritu (Gal 4,4-7). Por esto, «quienes en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres», deben tener «el amor materno de María» (LG 65; RMi 92)¹⁰.

⁷ Ver una invitación semejante en: AG 4; LG 59; EN 82; RH 22; RMa 24.

⁸ SAN BERNARDINO DE SIENA, *Mariale*, II, 946.

⁹ SAN ILDEFONSO DE TOLEDO, *De virginitate perpetua sanctae Mariae*, cap. XII: PL 96,106; citado en MC 26. Sobre Monfort, ver: S.M. RAGAZZINI, *Maria vita dell'anima*, Frigento, 1984, pp.370ss.

¹⁰ Estudié el tema en: *L'azione dello Spirito Santo nella maternità e missionarietà della Chiesa*, en: *Credo in Spiritum Sanctum*, Atti del Congresso Internazionale di Pneumatologia, Lib. Edit. Vaticana 1983, 1293-1306.

A la luz de la dimensión pneumatológica, se puede afirmar que la espiritualidad mariana de la Iglesia es la actualización del «fiat» de María, como fidelidad generosa a la acción del Espíritu Santo, para ser «signo levantado ante los pueblos» (Is 11,12; cfr SC 2). Así María y la Iglesia conjuntamente son «la gran señal... la mujer vestida del sol» (Apoc 12,1).

C) *María y la vida espiritual según la propia vocación*

La vida espiritual, como vida de fe y de fidelidad a la Palabra y a la acción del Espíritu, se concreta en cada vocación diferenciada. Toda vocación cristiana es «elección en Cristo» (Ef 1,4) para responder con generosidad: «todos los fieles, de cualquier estado o condición, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, que es una forma de santidad que promueve, aun en la sociedad terrena, un nivel de vida más humano» (LG 40). Por esto todo cristiano está llamado a ser santo y apóstol.

En el proceso de toda vocación hay momentos fuertes de discernimiento para descubrir «los signos de la voluntad de Dios» (PO 11). Se trata de discernir las intenciones, motivaciones y cualidades, para poder responder con fidelidad generosa. Ahí entra espontáneamente la dimensión mariana de la vocación, que da sentido de respuesta a la Alianza: «haced lo que él os diga» (Jn 2,5; cfr. Ex 24,7).

La vocación es don de Dios, que reclama una cooperación libre. María es modelo de respuesta generosa a la vocación: «En íntima unión con Cristo, María, la Virgen Madre ha sido la criatura que más ha vivido la plena verdad de la vocación, porque nadie como Ella ha respondido con un amor tan grande al amor inmenso de Dios» (PDV 36). Y es también una ayuda permanente: «con su ejemplo y mediante su intercesión, la Virgen santísima sigue vigilando el desarrollo de las vocaciones y de la vida sacerdotal en la Iglesia» (PDV 82).

Si María «coopera con amor materno» a la «generación y educación» de los fieles cristianos (LG 63), ello tendrá lugar de modo especial en todo el proceso de discernimiento y de fidelidad vocacional: en el inicio (Caná: Jn 2,1-12), en los momentos de difícil per-

severancia (cruz: Jn 19,25-27) y en los momentos de renovación (Cenáculo de Pentecostés: Act 1,14ss).

La presencia de María en el camino vocacional tiene sus matices peculiares en cada vocación específica: laical, de vida consagrada, sacerdotal¹¹.

2. PRESENCIA ACTIVA DE MARÍA EN EL PROCESO DE LA VIDA ESPIRITUAL

La relación de María con nuestra vida espiritual no es sólo de modelo o figura, sino que también es a modo de «influjo salvífico» (LG 60). Todo el proceso de la vida espiritual tiene dimensión mariana por ser, a imitación de María, proceso de fidelidad a la Palabra y a la acción del Espíritu según la propia vocación (cfr. apartado 1). En este proceso María ocupa un lugar, a modo de «presencia activa y materna» (cfr. RMa 1 y 24).

A) *En el proceso de la oración contemplativa*

La expresión orante de María aparece continuamente en el evangelio. En el Magnificat «se vislumbra la experiencia personal de María, el éxtasis de su corazón» (RMa 36)¹². Su actitud orante es

¹¹ María en la *vocación laical*: AA 4; CFL 64; CT 73; FC 86; MD 2. En la *vocación de vida consagrada*: LG 46; RD 17; RMa 39; Carta de Juan Pablo II a los religiosos, 1988. En la *vocación sacerdotal*: PO 18; OT 8; PDV 82; Directorio 68. *Bibliografía*: AA.VV., *I Religiosi sulle orme di Maria*, Lib. Edit. Vaticana 1987; AA.VV., *María en la vida religiosa. Compromiso y fidelidad*, Madrid, Inst. Teológico Vida Religiosa, 1986; L. M. DE CÁNDIDO, A. PARDILLA, *Vida consagrada*, en: *Nuevo Dic. Mariología*, Madrid, Paulinas 1988, 1924-1977; J. ESQUERDA BIFET, *María en la espiritualidad sacerdotal*, en: *Nuevo Diccionario de Mariología*, Madrid, Paulinas 1988, 1799-1804; D. FERNÁNDEZ, *María en la vida religiosa*, «Ephem. Mariol.» 36 (1986) 348-356; T.P. ITURRIAGA, *María y la vida consagrada*, «Vida Religiosa» 56 (1984) 110-121; R. SÁNCHEZ CHAMOSO, *María y la vocación en la Iglesia*, «Seminarios» 33 (1987) 221-246. Presento la síntesis teológica sobre el puesto de María en cada vocación específica, en: *Espiritualidad mariana de la Iglesia*, o.c., cap. VII.

¹² El Catecismo de la Iglesia Católica dedica amplio espacio a la oración mariana: oración de María y a María.2617-2622; 2673-2682. Ver: AA.VV.,

eminentemente contemplativa: «la mujer del silencio y de la escucha» (TMA 48). Su *silencio meditativo* en la Anunciación (Lc 1,29), su *admiración* en la presentación (Lc 2,33) y su *contemplación* en Belén y después de la pérdida del niño en el templo (Lc 2,19.51), indican su actitud de respeto al misterio de Dios (adoración, admiración y silencio), dispuesta siempre a seguir la voz sorprendente del Señor.

Su apertura a la Palabra se traduce en actitud de escucha para recibir el mensaje todo entero, tal como es, dejándose cuestionar en sus presupuestos y adoptando una actitud humilde de pobreza bíblica y de unión con la voluntad de Dios: «hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). Al «meditar en su corazón» (Lc 2,19.52), manifiesta una interioridad que se unifica con los planes salvíficos de Dios.

María es «figura del orante, prototipo de la contemplación», puesto que «con la fe ha alcanzado el conocimiento más sublime» (RMa 33). Por esto, cuando «la Iglesia medita sobre ella, contemplándola a la luz del Verbo hecho hombre... entra más a fondo en el soberano misterio de la Encarnación» (LG 65). En el proceso contemplativo de los fieles, María precede, acompaña, intercede, «coopera con amor materno» (LG 63).

La Iglesia, con el ejemplo y la ayuda de María, medita la Palabra, dejándola entrar en el corazón bajo la acción del Espíritu Santo. Entonces «crece la comprensión de las palabras» de la Escritura y de la Tradición, porque «los fieles las contemplan y estudian repasándolas en su corazón» (VD 8)¹³.

Con los Santos Padres, se puede afirmar que la comprensión creyente del evangelio tiene lugar cuando se medita al estilo del discípulo amado y «se recibe a María como Madre» (RMa 23, nota 47)¹⁴.

María en el Catecismo de la Iglesia y la nueva evangelización, «Estudios Marianos» 59 (1994); J. CASTELLANO, *La preghiera a Maria*, en: AA.VV., *Maria nel Catechismo della Chiesa Cattolica*, Roma, Centro Cultura Mariana 1993, 185-210.

¹³ El texto conciliar de DV 8 es citado y glosado por RMa 43.

¹⁴ La encíclica mariana cita a ORÍGENES: «Los Evangelios son las primicias de toda la Escritura, y el Evangelio de Juan es el primero de los Evangelios; ninguno puede percibir su significado si antes no ha posado la cabeza sobre el pecho de Jesús y no ha recibido a María como Madre»: *Comm. in Ioan.*, 1,6: PG 14, 31.

Entonces se ora «en espíritu y en verdad» (Jn 4,23) y se aprende a «ver la Palabra de la vida» con los ojos de la fe (1Jn 1,1).

El hecho de que la oración contemplativa sea eminentemente mariana, no impide que sea un camino de fe oscura («noche oscura»). La presencia activa y materna de María, que vivió también en esa fe, ayudará a perseverar en la admiración del misterio. Entonces la oración contemplativa, sin imágenes impresas y siempre bajo la moción «inenarrable» del Espíritu (Rom 8,26), se convierte en «un silencio lleno de una presencia adorada» (OL 16)¹⁵.

La lectura contemplativa de la Escritura es eminentemente mariana, puesto que, en ella, «cada uno puede leer el Verbo»¹⁶. María ayuda a «ver» al Verbo encarnado en Cristo muerto y resucitado, en la «nube luminosa» (Mt 17,5), cuando todo parece silencio y ausencia de Dios. Meditando en el corazón, el «silencio» se hace «palabra»: «éste es mi Hijo amado, escuchadle» (ibídem).

B) *En el proceso del seguimiento o de perfección evangélica*

María está presente en todo el camino de santificación, que consiste en la «plenitud de vida cristiana y perfección de la caridad» (LG 40), a que todos estamos llamados. Hay diversas modalidades en este camino, especialmente cuando se trata del seguimiento evangélico radical, como es el caso de la vida consagrada. Pero toda la vida moral cristiana «consiste fundamentalmente en el *seguimiento de Jesucristo*, en el abandonarse a El, en el dejarse transformar por su gracia y ser renovados por su misericordia, que se alcanzan en la vida de comunión de su Iglesia» (VS 119).

Si María es «nuestra Madre en el orden de la gracia, porque cooperó a la restauración de la vida sobrenatural de las almas» (LG 61), de ello se sigue que «esta maternidad... perdura sin cesar en la

¹⁵ Esta afirmación sapiencial de la Carta Apostólica «Orientale Lumen» (OL) puede ser una explicación sintética de la «noche oscura» de San Juan de la Cruz. Ver algunos estudios sobre este mismo tema en: *San Juan de la Cruz y la Virgen*, Sevilla, Miriam 1990; ILDEFONSO DE LA INMACULADA, *La Virgen de la contemplación*, Madrid, Edit. Espiritualidad 1979.

¹⁶ ANDRÉS DE CRETA, *Homilia IV, in nativitate B.M.V.*: PG 97, 865.

economía de la gracia, desde el momento en que prestó fiel asentimiento en la Anunciación, y lo mantuvo sin vacilación al pie de la Cruz, hasta la consumación perfecta de todos los elegidos» (LG 62). Es decir, ella «coopera con amor materno a la generación y educación» de los que somos hermanos en Cristo (LG 63).

La presencia activa de María consiste, pues, en el «influjo salvífico» durante todo el proceso de perfección (LG 60), «con amor materno» (LG 63). El haber sido asociada a la obra salvífica, fundamenta su cooperación efectiva y afectiva en la aplicación de la misma redención. Así es su «mediación materna» (RMa 40), como participación en la única mediación de Jesús (cfr. LG 62).

Como Madre de Jesús y nuestra, ella es discípula del Señor, maestra, modelo y ayuda en todo el proceso de configuración con Cristo, que es proceso de vida «espiritual» en su diversas dimensiones: trinitaria, cristológica, pneumatológica, eclesial. Es el camino de las virtudes y de los dones del Espíritu, que constituyen la «vida nueva» (Rom 6,4).

El influjo de María en el camino de perfección es influjo materno, de ayuda en el crecimiento «espiritual». Propiamente es la acción del Espíritu que obra (en modo diverso) por medio de la humanidad de Cristo, por María y por la Iglesia. Siempre se recibe a Cristo por obra del Espíritu y por asociación e intercesión de María¹⁷.

María, la «toda santa» («panagía»), es maestra de vida espiritual, «modelo de fe y de caridad» (LG 53) y de «perfecta disponibilidad respecto a la acción del Espíritu Santo» (RMa 13). Pero, así como ella «está presente de modo permanente a lo largo del misterio salvífico» (RMa 31) durante el año litúrgico, de modo semejante acompaña activamente a los creyentes y a toda la Iglesia durante todo el camino de perfección. «El alma perfecta se hace tal por medio de María»¹⁸.

Los santos que se han distinguido por su marianismo, han vivido esta presencia activa y materna de María con matices diferentes: como consagración a María para unirse perfectamente a Cristo y

¹⁷ Ver arriba, apartado 1, B. Este tema queda explicado en «*Marialis cultus*» n.26.

¹⁸ SAN BERNARDINO DE SIENA, *Mariale*, edic. Card. Vives, II, 946.

vivir plenamente la gracia bautismal (San Luís M^a Grignon de Monfort); en relación con el Corazón Inmaculado de María (San Juan Eudes); como presencia materna de María en todo el proceso de la vida cristiana (San Alfonso M^a de Ligorio); alianza con María (G.J. Chaminade), vivir la vida de María (J.C.M. Colin); consagración a la Inmaculada como entrega para la misión (San Maximiliano Kolbe), etc.¹⁹.

En el camino de perfección, María es «memoria» evangélica de la Iglesia. Es decir, la realidad mariana no sólo es figura e instrumento, sino que también sigue aconteciendo en la Iglesia. El seguimiento evangélico, después de Can   y también en el presente eclesial, tiene lugar con María (cfr. Jn 2,12).

C) *En el proceso de la misión eclesial*

La misión de la Iglesia y de cada fiel, es un proceso de recibir a Cristo en el corazón para transmitirlo a los demás: «os anunciamos lo que hemos visto y oído acerca de la Palabra de la vida» (1Jn 1,1-3). Se trata de «comunicar a los demás la propia experiencia de Jesús» (RMi 24).

Esta realidad eclesial está calcada en el misterio de María: recibir al Verbo bajo la acción del Espíritu Santo, para transmitirlo al mundo. Por esto, María y la Iglesia son «una virgen oyente, orante y oferente», que se hace madre por este mismo proceso de recibir la palabra, orar y darse (cfr. MC 16-19).

La maternidad eclesial es el constitutivo de su misión: ser fiel a la Palabra bajo la acción del Espíritu, para «formar a Cristo» en el corazón de todo ser humano (cfr. Gal 4,19). En María y en la Iglesia constituye una «nueva maternidad en el Espíritu» (RMa 47).

Recibir a María como Madre (cfr. Jn 19,27) equivale también aceptarla como modelo y ayuda en el proceso de maternidad o misión eclesial: «en el misterio de la Iglesia, que con razón también es llamada madre y virgen, la Bienaventurada Virgen María la precedió,

¹⁹ Ver autores y escritos en: S. M. RAGAZZINI, *Maria vita dell'anima*, Frigento, Casa Mariana Madonna del Buon Consiglio 1984, parte II, sez. I, cap. III.

mostrando en forma eminente y singular el modelo de la virgen y de la madre» (LG 63).

La misión materna de la Iglesia es «ministerial» y «sacramental», es decir, por medio de ministerios y sacramentos: «la Iglesia... es hecha Madre por la palabra de Dios fielmente recibida; en efecto, por la predicación y el bautismo engendra para la vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios» (LG 64).

La maternidad de María, además de ser modelo de la maternidad de la Iglesia, es también su ayuda. «La maternidad de la Iglesia se lleva a cabo no sólo según el modelo y la figura de la Madre de Dios, sino también con su cooperación» (RMa 44). Por esto, «la Iglesia aprende de María la propia maternidad; reconoce la dimensión materna de su vocación, unida esencialmente a su naturaleza sacramental... Porque, al igual que María está al servicio del misterio de la encarnación, así la Iglesia permanece al servicio del misterio de la adopción como hijos por medio de la gracia» (RMa 43).

Al mismo tiempo, la maternidad de María «encuentra una nueva continuación en la Iglesia y por medio de la Iglesia» (RMa 24). María sigue asociada a la obra redentora de Cristo, que está presente y se prolonga en la Iglesia. «María, que habiendo entrado íntimamente en la historia de la Salvación, en cierta manera en sí une y refleja las más grandes exigencias de la fe, mientras es predicada y honrada atrae a los creyentes hacia su Hijo y su sacrificio hacia el amor del Padre» (LG 65).

La Iglesia de todos los tiempos recibe nuevas gracias del Espíritu. Por esto los fieles se reúnen en Cenáculo «con María la Madre de Jesús» (Act 1,14), para que, «llenos del Espíritu Santo» (Act 2,4), puedan «dar testimonio con audacia de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo» (Act 4,33).

Cuando Pablo habla de la maternidad de la Iglesia (Gal 4,26), es para indicar que su ministerio equivale a una nueva maternidad, de «dolores de parto», para «formar a Cristo» en los creyentes (Gal 4,19). El modelo que presenta, al principio del capítulo, es el de María, «la mujer», de la que nace Cristo en «la plenitud de los tiempos» (Gal 4,4). La maternidad de María es modelo de la maternidad de la Iglesia y del apóstol, como instrumento del Espíritu Santo

para que los creyentes participen en la filiación divina de Jesús: «para que recibiéramos la filiación adoptiva» (Gal 4,5).

La maternidad de la Iglesia de «dolor de parto», es decir, de sufrimiento transformado en donación (Gal 4,19). La imagen paulina está tomada de la enseñanza del mismo Jesús en la última cena, quien compara los Apóstoles a una madre que, por el sufrimiento, llega al gozo de la fecundidad (cfr. Jn 16,21-23). Por esto, la Iglesia se siente identificada con María, «de pie junto a la cruz» (Jn 19,25). La misión materna de la Iglesia «tiene su punto de llegada a los pies de la cruz» (RMi 88). María es figura de la Iglesia madre, como partícipe de la misma «espada» de Cristo (Lc 2,35) y como asociada esponsalmente a «la hora» del Redentor (Jn 2,4; 19,25-27).

En el ejercicio de la misión universal, la Iglesia hace realidad la maternidad de María «estrella de la evangelización» (EN 82), respecto a todos los hombres y a todos los pueblos. Ella, «ensalzada en el cielo sobre todos los bienaventurados y los ángeles en la comunión de todos los santos, intercede ante su Hijo para que las familias de todos los pueblos, tanto los que se honran con el nombre de cristianos, como los que aún ignoran al Salvador, sean felizmente congregados con paz y concordia en un solo Pueblo de Dios, para gloria de la Santísima e individa Trinidad» (LG 69).

La misión eclesial es, por su misma naturaleza, materna y mariana: «en su obra apostólica, con razón, la Iglesia mira hacia aquella que engendró a Cristo, concebido por el Espíritu Santo y nacido de la Virgen, precisamente para que por la Iglesia nazca y crezca también en los corazones de los fieles» (LG 65).

La fe de María, en cierto modo, se comunica por la Iglesia misionera a toda la humanidad: «esta fe de María... precede el testimonio apostólico de la Iglesia, y permanece en el corazón de la Iglesia... Todos aquellos que, a lo largo de las generaciones, aceptando el testimonio apostólico de la Iglesia participan de aquella misteriosa herencia, en cierto sentido, participan de la fe de María» (LG 65)²⁰.

²⁰ D. BERTETTO, *Maria e l'attività missionaria di Cristo e della Chiesa*, en: *Portare Cristo all'uomo*, Roma, Pont. Univ. Urbaniana 1985, I, 455-472; J. ESQUERDA BIFET, *Maternidad de la Iglesia y misión*, «Euntes Docete» 30 (1977) 5-29; *La maternidad de María y la sacramentalidad de la Iglesia*, «Estudios Marianos» 26 (1965) 231-274; *María y la Iglesia, Madre y evangelizadora de*

3. «COMUNIÓN DE VIDA» CON MARÍA EN EL PROCESO DE LA VIDA ESPIRITUAL

La vida espiritual tiene una dimensión mariana (n.1). María está presente, de modo activo y materno, en todo el proceso de la vida espiritual (n.2). Nos queda por analizar cuál es la *actitud mariana* que debe adoptar la comunidad eclesial y cada creyente.

A) Vivir la «comunidad» eclesial con María y como ella

La Iglesia («ecclesia») es la comunidad «convocada» por Jesús, reunida en su nombre. Por esto se expresa como «comunidad» («koinonía») de hermanos que se reúnen para compartir la Palabra, la oración, la Eucaristía, los bienes espirituales y materiales, los dones del Espíritu. Entonces es una comunidad de hermanos, que forman «un solo corazón y una sola alma» (Act 4,32). Cristo está presente «en medio» de los que se reúnen en su nombre (Mt 18,20).

El «misterio» de Dios Amor, manifestado en Cristo, se anuncia a todos los pueblos «por medio de la Iglesia» (Ef 3,10). Por esto, la Iglesia es «misterio» de «comunidad» y de «misión». Cuando la Iglesia refleja la «comunidad» trinitaria, entonces se hace «comunidad» y, consecuentemente, es signo eficaz de evangelización: «como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17,21).

María es instrumento querido por Dios, para que la Iglesia sea y viva la comunión. Efectivamente, ya desde el día de la Ascensión del Señor, los discípulos «se reunieron en oración con María la Madre de Jesús» (Act 1,14). En ella y con ella, la Iglesia vive el misterio de la comunión, que es fruto de la Palabra meditada en el corazón y de la fidelidad al Espíritu Santo²¹.

los Pueblos, en: «*Virgo Liber Verbi*», Roma, Marianum 1991, 425-443; *Maria en el «kerigma» o primera evangelización misionera*, «Marianum» 42 (1980) 470-488; U. VANNI, *Dalla maternità di Maria alla maternità della Chiesa*, «Rassegna di Teologia» 26 (1985) 28-47.

²¹ En los documentos conciliares y postconciliares, es frecuente hacer alusión al hecho del Cenáculo (Act 1,14), para invitar a preparar una nueva efusión del

Recibir a María como Madre. significa vivir «en comunión de vida» con ella (RMa 45, nota 130). «María pertenece al misterio de la Iglesia» (RMa 27). Toda comunidad eclesial viene a ser una historia de la presencia activa y materna de María.

La «comunión» eclesial, como reflejo de la comunión trinitaria (cfr. LG 4) se vive «con María y como María» (RMi 92). «Con» ella, indica presencia, relación, ayuda, intercesión. «Como» ella, equivale a imitar su apertura a la voluntad divina, sus virtudes, su fidelidad a la Palabra y a la acción del Espíritu Santo. Es como «dejarla entrar en todo el espacio de la vida», personal y comunitaria (RMa 45).

La comunión eclesial, con la presencia activa y materna de María, se va convirtiendo en escuela de vida en Cristo, de seguimiento, de perfección y de misionariedad. La presencia de María ha dejado sus huellas en el decurso del año litúrgico, en el camino de la contemplación, de perfección y de misión. La herencia de gracia que se encuentra en cada Iglesia particular y en toda comunidad eclesial, es, al mismo tiempo, historia de una presencia activa de María.

Los carismas fundacionales y el camino ya realizado por las diversas instituciones (por ejemplo, de vida apostólica y consagrada), están siempre impregnados de presencia activa de María, quien «precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios, como signo de esperanza cierta y de comunión, hasta que llegue el día del Señor» (LG 68).

El «sentido» y amor de Iglesia son una consecuencia de la vivencia de la «comunión» eclesial con María. Se puede constatar en la historia de la espiritualidad, que la vida espiritual se ha presentado siempre como desposorio de la Iglesia con Cristo, a ejemplo de María. La Iglesia, esposa de Cristo, ve en María «una purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser» (SC 103). Al contemplar a María a la luz de la Encarnación y de la Redención, la Iglesia «se asemeja más y más a su Esposo» (LG 65).

Cuando Cristo confió la Iglesia a María (Jn 19,25-27) quiso indicar también que la función de su Madre sería la de hacer de la Iglesia «un solo cuerpo» (1Cor 12,12), por un proceso de unidad que

Espíritu: LG 59; AG 4; EN 82; RH 22; DeV 24-25; RMi 92. Recojo y valoro estos datos en: *L'azione dello Spirito Santo nella maternità e missionarietà della Chiesa*, en: *Credo in Spiritum Sanctum*, Lib. Edit. Vaticana 1983, 1293-1306.

consiste en «formar a Cristo» (Gal 4,19) en cada corazón y en cada comunidad.

La acción de María está relacionada instrumentalmente con la acción del Espíritu Santo, que transforma el pan y el vino en Jesús, análogamente a como tomó del seno de María carne y sangre para el Señor. La comunidad eclesial, al celebrar el misterio eucarístico, quiere hacer de la vida un «amén» (un «fiat»), como respuesta mariana y eclesial a la invocación del Espíritu («epiclesis») ²².

B) *Actitud mariana de la Iglesia*

Se podría decir que la actitud mariana de la Iglesia se desprende de la función vivencial de los títulos marianos: «la Iglesia ensalza y admira en ella el fruto más espléndido de la redención» (S 103). Cada título mariano (maternidad divina, virginidad, Inmaculada, Asunción, asociada...) es fuente de espiritualidad eclesial y, por tanto, una invitación a:

- vivir la unión con Cristo,
- imitar las actitudes internas de María (Tipo de la Iglesia),
- celebrar el misterio pascual aplicado a ella, como victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte.

Entonces la actitud eclesial respecto a María, tanto en los momentos de culto y devoción, como en todo el proceso de la vida espiritual, se concreta en actitud:

- relacional (oración, contemplación),
- imitativa (fidelidad, virtudes),

²² Por esto la plegaria eucarística recuerda a María, ya en el texto conservado por Hipólito, s.III. «Preguntas cómo el pan se convierte en el Cuerpo de Cristo y el vino en Sangre de Cristo... Que te baste oír que es por la acción del Espíritu Santo, de igual modo que gracias a la Santísima Virgen y al mismo Espíritu, el Señor por sí mismo y en sí mismo, asumió la carne humana» (SAN JUAN CRISOSTOMO, *De fide orthodoxa*, IV, 13). La secreta de la Misa antigua del 1 de enero (siglo VI?) dice así: «Altari tuo, Domine, proposita munera Spiritus Sanctus benignus adsumat, qui Beatae Mariae Viscera splendoris sui veritate replevit» (*Misal de Bobbio*, n.127; *Sacramentario Gelasiano* II, XIV, n.848; para el 25 de marzo). Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica* 1103-1107.

- celebrativa (liturgia, fiestas, devoción popular),
- comprometida (caridad, servicio),
- sapiencial (estudio, formación).

Con estas perspectivas más amplias, el culto y la devoción mariana abarcan toda la vida espiritual. Porque los actos y actitudes de conocer a María, amarla, imitarla, celebrarla y pedir su intercesión, tienen dimensión trinitaria, cristológica, pneumatológica, eclesiológica y antropológica²³.

De este modo, la espiritualidad mariana es una *actitud bíblica de autenticidad y «pobreza»*: conocimiento de la propia realidad, confianza en la misericordia divina, decisión de amar a Dios y al prójimo hasta la «perfección de la caridad» (LG 40). La actitud mariana unifica el corazón de las personas y de la comunidad eclesial.

María se convierte en la «memoria» de la Iglesia, porque su misterio sigue «aconteciendo» en la Iglesia. Ella es «memoria»: creyente, contemplativa, evangélica, pascual, misionera y materna.

C) *Actitud mariana del apóstol*

Si todo miembro de la Iglesia está llamado a vivir la espiritualidad cristiana en su dimensión mariana, el apóstol está llamado a encontrar y expresar su identidad en esa misma dimensión: vivir, como María y con ella, para anunciar a Cristo.

De hecho, la espiritualidad misionera de la Iglesia radica en la naturaleza materna de la misma. Efectivamente, si la acción apostólica consiste en «formar a Cristo» en los demás (Gal 4,19), esa misma acción indica que es un proceso de maternidad eclesial (Gal 4,26) a ejemplo de María (Gal 4,4-7). Por esto, el proceso de la misión eclesial es proceso de maternidad en relación de dependencia con María (cfr. apartado 2, C).

La espiritualidad del apóstol se alimenta de la misma misión apostólica, sin dejar de lado los medios comunes de la espiritualidad

²³ Estudio estas dimensiones en: *Espiritualidad mariana de la Iglesia, María en la vida espiritual cristiana*, Madrid, Soc. Educ. Atenas 1994, cap. III.

cristiana. Ahora bien, tanto en el anuncio de la Palabra, como en la llamada a la conversión y al bautismo, en la celebración de los misterios y en los servicios de caridad, siempre se trata del misterio de Cristo, que sigue naciendo de María y la sigue asociando en la obra redentora. «Por esto también la Iglesia, en su obra apostólica, mira hacia aquella que engendró a Cristo, concebido por el Espíritu Santo y nacido de la Virgen, precisamente para que por la Iglesia nazca y crezca también en los corazones de los fieles» (LG 65).

La actitud mariana del apóstol expresa la naturaleza del apostolado en relación con la maternidad de la Iglesia y de María. Por esto, «la Virgen en su vida fue ejemplo de aquel afecto materno, con el que es necesario estén animados todos los que en la misión apostólica de la Iglesia cooperan para regenerar a los hombres» (LG 65; cfr. RMi 92).

A imitación de María y en relación de dependencia filial respecto a ella, la vida del apóstol es eminentemente mariana, como actitud de:

- apertura a los planes de Dios (Lc 1,29ss),
- fidelidad a la Palabra (Lc 1,38),
- fidelidad al Espíritu Santo (Lc 1,35),
- asociación sponsal a Cristo (Lc 2,35; Jn 2,4ss),
- donación sacrificial (Jn 19,25ss),
- confianza y tensión misionera escatológica (Apoc 12,1).

En este camino, toda la Iglesia y el apóstol en particular, «procede recorriendo de nuevo el itinerario realizado por la Virgen María» (RMi 92; RMa 2). Ella acompaña y ayuda al apóstol para que «todas las familias de los pueblos lleguen a reunirse felizmente en paz y concordia, en un solo Pueblo de Dios» (LG 69)²⁴.

²⁴ Sobre la espiritualidad mariana del apóstol: O. DOMÍNGUEZ, *María modelo de la espiritualidad misionera de la Iglesia*, «Omnis Terra» n. 86 (1979) 226-241; A. LAURAS, *La Vierge Marie dans la vie de l'apôtre*, «Cahiers Marials» 5 (1961) 211-216. Ver el desarrollo teológico del tema con bibliografía en el cap. VIII de *Espiritualidad mariana de la Iglesia*, o.c.

CONCLUSIÓN: HACIA UNA MARIOLOGÍA MÁS VIVENCIAL

Los temas marianos y de modo especial la misma persona de María, entran con toda espontaneidad en todo el campo de la vida espiritual cristiana. Esta es eminentemente mariana, tanto por su misma esencia (vida de fidelidad al Espíritu y a la Palabra), como por la realidad de la presencia activa y materna de María en todo el proceso de la vida espiritual: contemplación, perfección, misión.

La «espiritualidad mariana», de la que habla por primera vez el magisterio en la encíclica «Redemptoris Mater» (n.48), es una actitud permanente de la Iglesia y de cada creyente, a modo de «comunidad de vida» con ella (RMA 45, nota 130). Ya no se trata sólo de unos momentos o actos de devoción y culto, sino también de una actitud permanente durante todo el proceso de la vida espiritual.

La mariología dedica siempre un capítulo al culto y devoción a María. La espiritualidad mariana indica un paso más: presentar en cada título mariano la *función vivencial*, señalando pistas para la contemplación, perfección y disponibilidad misionera en su dimensión mariana.

Así como la *espiritualidad* (o teología espiritual) encontró su propio campo especializado dentro del conjunto de la teología dogmático-moral, de modo semejante la *espiritualidad mariana* puede encontrar su espacio teológico dentro de la Mariología, como *función vivencial* de los temas mariológicos.

A fin de evitar repeticiones (análogamente a como ocurre en la espiritualidad general), la espiritualidad mariana se puede ceñir a la *dimensión mariana de todo el proceso de la vida espiritual* (n. 1), concretándose en la presencia activa y tipológica de María en todo este proceso (n. 2) y en la actitud eclesial permanente respecto a María en todos los momentos de la vida espiritual. Se trata de señalar el puesto tipológico y efectivo de María en el camino de la contemplación, de la vocación, de la perfección, de la comunión y de la misión.

La espiritualidad mariana ayudaría a replantear mejor muchas cuestiones mariológicas (y teológicas), no tanto a la luz del *ánthropos* y del *cosmos*, cuanto principalmente a la luz del misterio pascual de Cristo (encarnación y redención).

La Iglesia del tercer milenio no puede perder tanto tiempo en disquisiciones teóricas (por interesantes que sean), porque las «semillas del Verbo», existentes en culturas y religiones (cfr. RMi 28; TMA 6) le reclaman una actitud virginal y maternal, a imitación de María, «la gran señal» (Apoc 12,1), concretada en transparencia y autenticidad, para llegar a ser el «signo levantado ante las naciones» (Is 11,1; SC 2).

Una auténtica teología invita necesariamente a la contemplación, la perfección y la misión. La mariología presenta a María con una misión que cumplir en relación con la Iglesia: «María, dedicada constantemente a su Divino Hijo, se propone a todos los cristianos como modelo de fe vivida» (TMA 43). Este es el objetivo de la «espiritualidad mariana» (RMa 48), como parte o función especial de la mariología, en relación con la vida espiritual de todo cristiano y de toda comunidad eclesial.